

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA

«¡Déjate curar!» (1)

Lc 15,11-32



Nos está tocando vivir tiempos recios, marcados por la inestabilidad e incertidumbre social, política y económica. La mayoría de las personas experimentan, con frecuencia, no sólo esta inclemencia exterior sino también un profundo desarraigo y desgarramiento interior que suele dejarlas «tocadas», «desahabitadas», «desorientadas», «solas», «vacías», «rotas»...

El Papa Francisco, tan sensible a las necesidades humanas y con esas «entrañas de madre-padre» que le caracterizan, **ha convocado un tiempo de GRACIA, el jubileo extraordinario de la misericordia**, para que cada uno de sus hijos pueda volver a casa, sanar sus heridas –por profundas que sean–, y experimentar la «ternura» y la «caricia» de Dios.

El logotipo que ha escogido –obra del jesuita Marko I. Rupnik– representa al «Buen Pastor» que carga con la humanidad herida, verdadera síntesis teológica de la misericordia divina.

Durante este año jubilar te invito encarecidamente que, a través de tu humilde pero eficiente testimonio, salgas a los caminos para llamar a los que andan errantes y busques a los que se hallan perdidos. Raspees aunque te desgarran las zarzas del bosque, husmees todos los escondrijos, indagues en todas las matas hasta encontrar la «oveja perdida», la cargues sobre tus hombros, la traigas a casa, le vendas las heridas y le ayudes a reencontrar su propia dignidad, la de ser el «hijo amado del Padre».

Como preparación de este gran acontecimiento eclesial, teniendo como trasfondo la parábola del «Padre misericordioso» que narra el evangelista Lucas, voy a tratar de sumergiros en este «MISTERIO DE GRACIA», para que puedas sentir personalmente el abrazo de Dios.

¡Déjarse abrazar por Dios! –según refiere Henri J.M. Nouwen en su libro «El regreso del hijo pródigo»– no resulta ni tan obvio, ni tan fácil ni sencillo, aunque sea realmente lo que más desees o necesites. ¡Es paradójico que en la vida nos afanemos en buscar amigos en facebook, que mendiguemos afecto, reconocimiento, prestigio, poder... y después nos resistamos a dejarnos querer y abrazar por Dios, a través del hermano (del próximo)!

Permíteme que concluya esta motivación con la imagen elocuente que Paul Claudel describe en ‘La Anunciación’: «Cuentan que Violeta era una muchacha muy dichosa porque había encontrado su verdadera vocación.

–¡Qué feliz soy! –exclamaba–, ¡Dios me ha regalado poderme consagrar a Él’.

Violeta era una mujer sencilla, que hacía gala a su nombre (sabéis que las violetas crecen en la oscuridad y que desprenden un olor más intenso cuando son estrujadas), se cuestionaba «¿de qué sirve la vida si no es para darla?»... y derramaba caridad.

Una tarde se encontró con Pierre de Craon, un famoso constructor de catedrales, acaso el más famoso. A pesar de su fama, Pierre sufría una desgracia que le marcaría toda su vida, tenía una enfermedad incurable, la lepra.

Violeta sentía compasión por aquel ilustre leproso al que todo el mundo requería para construir grandes edificios pero al que nadie podía acercarse.

Violeta, movida por la caridad y la compasión, un día se acercó a Pierre. Al despedirse, le besó en la frente. Pierre, pensando que estaba ya en el cielo, sonrió. Y comenzó a vivir con una esperanza nueva. Poco tiempo después, en primavera, Violeta descubrió que en su cuerpo había aparecido una pequeña mancha, era lepra y, paradójicamente, esa misma mañana, Pierre se sorprendió al descubrir su cuerpo totalmente limpio. Aquel beso de Violeta había tomado su lepra.

¡QUÉ ADMIRABLE INTERCAMBIO!

¿No será éste el verdadero secreto del cambio? ¿el anhelo del Papa Francisco?

Descubre que Dios mismo se ha puesto en tu «pellejo», «intercambia los papeles», «indulta TODA tu deuda moral», «formatea el disco duro (corazón)», besa tus llagas (estigmas), las asume y las cura definitivamente...?

¡Déjate besar (curar) por el Señor! Y recuperarás la paz y tu alegría interior.

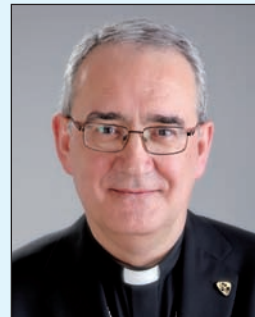
Con mi afecto y mi bendición.

† Ángel Pérez Pueyo
Obispo de Barbastro-Monzón

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA

«¡Déjate curar!» (2)

Lc 15,11-32



El Señor, como vimos la semana pasada, ha logrado ‘descolocarnos’ una vez más. No nos va a pedir –según refiere Henri J.M. Nouwen evocando la parábola del «hijo pródigo»– que aceptemos ser buenos hijos o buenos hermanos. Nos va a hacer descubrir que nuestra verdadera vocación va a ser la de hacer de padre, esto es, acoger a cada hijo en casa sin pedirles explicaciones y sin pedirles nada a cambio. Un padre capaz de reclamar para sí la única autoridad posible, la compasión.

Pero, vayamos por partes, haciendo el proceso espiritual en tres tiempos

Llamado a ser hijo menor

El hijo menor había ido de un sitio a otro, había conocido gente de todo tipo. Era descarado, autosuficiente, manirroto, sensual, arrogante...; hambriento de fama y adulación; aficionado a costumbres extravagantes... pero al final se vio sin hogar y vacío. Aquel hijo perdido puedo ser yo mismo. Y mi mayor deseo, tal vez pueda ser volver a casa y ser abrazado por el Padre.

¡Toda la gloria que consiguió era gloria vanal! La ruina interior que tan hermosa nos parece, lo es por la compasión que despierta. ¡‘Muérete!’ es realmente la petición que el hijo le hace a su padre. No puede esperar ya más. Le reclama lo que todavía no le pertenece. Y el Padre se lo da. ¡Dios nunca fuerza!

La marcha del hijo menor es un acto realmente ofensivo. Supone la ruptura con la tradición (‘marchó a un país lejano’). Supone un corte drástico con la forma de vivir, de pensar, de actuar. Es realmente una traición con los valores de la familia. Dejar el hogar es más que ir a otro lugar, es negar de dónde soy y a quién pertenezco. Dejar el hogar es vivir como si no tuviera casa. El hogar es el centro de mi ser, allí donde puedo oír la voz que dice: «Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco»

El hijo menor se ha marchado de casa, mendigando amor, dejando en ella el AMOR. Ha abandonado el hogar, ha huido de las manos benditas y ha corrido hacia lugares lejanos. Esta es la gran tragedia de tantas vidas. Nos hemos vuelto sordos a la voz que nos susurraba «tú eres mi hijo amado»

La historia, que es maestra de la vida, nos enseña cómo el amor del mundo siempre es efímero, condicional. Tarde o temprano uno descubre esta gran verdad: ¡Estoy solo! ¡A quién voy a engañar! ¡A quién puedo de-

mostrarle lo que realmente creía valer cuando son tantos los miedos que tengo... ! Miedo a no gustar, a que me censuren, a que me dejen de lado, a que no me tengan en cuenta, a que me persigan, a que me maten...! Y trato de inventarme estrategias nuevas para defenderme y asegurarme el amor que creo que necesito y merezco. ¡A quién le importo! Esta es la pregunta fatídica

Se da cuenta hasta dónde llega el amor humano y abre los ojos. El hijo vuelve sin nada: dinero, salud, honor dignidad, reputación... lo ha despilfarrado todo. ¡Víctima del sistema! El amor que buscabas... lo tenías en casa

El camino de regreso es largo y difícil... Todavía su arrepentimiento es interesado... No ha descubierto cómo es su padre, que le va a devolver la dignidad de hijo.

La conversión es la forma de vivir la segunda inocencia. Ahora entiendo lo que significa «volver a nacer de nuevo» La inocencia del que hace opciones serias y maduras.

Llegados a este punto, es necesario dar un pasito más... que nos permita una nueva lectura, una nueva mirada, que nos permita adentrarnos en el MISTERIO.

Jesús, es el nuevo hijo pródigo... ¿No es acaso el joven destrozado, arrodillado ante su padre el ‘cordero de Dios que quita el pecado del mundo’ (Jn 1, 29) ¿Acaso no es aquél que, ‘siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres’ (Flp 2, 6-7)?

Voy descubriendo que mi condición de hijo y la condición de hijo de Jesús son uno, que mi regreso y el regreso de Jesús son uno, que mi casa y la casa de Jesús son una. No hay otro camino hacia Dios que no sea el camino que Jesús recorrió.

Cuando miro la historia del hijo pródigo con los ojos de la fe, el «regreso» del pródigo se convierte en el regreso del Hijo de Dios que reúne a todo el mundo en sí mismo y les conduce a la casa de su Padre celestial (Jn 12,32).

En Jesús, la humanidad entera regresa a casa.

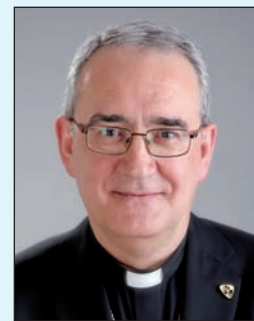
Con mi afecto y mi bendición.

† Ángel Pérez Pueyo
Obispo de Barbastro-Monzón

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA

«¡Déjate curar!» (3)

Lc 15,11-32



Llamado a ser hijo mayor

Nunca había pensado que pudiera ser el hijo mayor... Y realmente lo soy. He caído en la cuenta de lo obediente que he sido a lo largo de mi vida. Pero con todo, he estado tan perdido como el hijo menor. De repente, me vi de una forma totalmente nueva. Vi mis celos, mi cólera, mi susceptibilidad, mi cabezonería, mi resentimiento y, sobre todo, mi sutil fariseísmo. Vi lo mucho que me quejaba y comprobé que gran parte de mis pensamientos y sentimientos eran manejados por el resentimiento. El hijo mayor estaba tan perdido como el hijo menor, aunque hubiera estado toda su vida en casa...

Mirada sombría, distante, resentida.

Nos sitúa ante el drama interno del alma. Pasar de la luz exterior a la luz interior. La conversión más difícil suele ser la del que se quedó en casa.

Cumplía, obedecía... pero no era libre ni feliz. Lo hacía todo bien, pero estaba resentido... Esto sólo puede ser curado desde arriba.

El padre quiere que regresen los dos. El amor del padre, no fuerza al amado. Quiere curarnos de nuestra oscuridad interior.

¡Dios te busca!

Resentimiento es igual a pesar que no se me da lo que me merezco.

Gratitud es pensar que recibo un don inmerecido.

El salto de la fe es amar sin esperar ser amado. Esta es la clave.

Llamado a ser padre

Tanto si eres el hijo menor como si eres el hijo mayor, debes caer en la cuenta de que a lo que estás llamado es a ser padre que no juzga, ni pregunta, sino que acoge, perdona y bendice a cada

hijo. Esto es lo que realmente me ha permitido alcanzar la auténtica libertad interior... Jamás se me había ocurrido que el padre era quien expresaba más plenamente mi vocación en la vida.

Refleja la expresión humana de la compasión, de la ternura, de la misericordia, del perdón... Aquí todo se une, la historia de la humanidad y la historia de Dios. Tiempo y eternidad se cruzan, la proximidad de la muerte y la vida eterna se tocan. Pecado y perdón se abrazan, lo divino y lo humano se hacen uno.

Lo que da al retrato del padre un poder irresistible es que lo más divino está captado en lo más humano: la compasión infinita, amor incondicional, perdón eterno, realidades divinas, que emanan de un padre que es creador del universo. Aquí lo humano y lo divino, lo frágil y lo poderoso, lo viejo y lo eternamente joven están plenamente expresados. Se descubre la luz que llega de un fuego interior que no muere nunca: el fuego del amor. La luz interior, el fuego del amor que se ha fortalecido a través de los sufrimientos de tantos años, arde en el corazón del padre que da la bienvenida al hijo que ha vuelto a casa.

Su mirada es una mirada eterna, una mirada que alcanza a toda la humanidad. Es una mirada que comprende el extravío de las mujeres y de los hombres de todos los tiempos y lugares, que conoce con inmensa compasión el sufrimiento de aquéllos que han elegido marcharse de casa, que han llorado mares de lágrimas al verse atrapados por la angustia y la agonía. El corazón del padre arde con un deseo inmenso de llevar a sus hijos a casa.

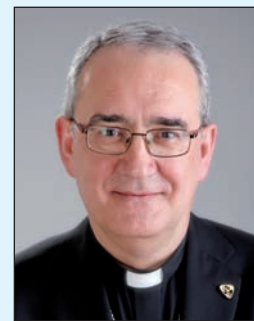
Con mi afecto y mi bendición.

† Ángel Pérez Pueyo
Obispo de Barbastro-Monzón

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA

«¡Déjate curar!» (y 4)

Lc 15,11-32



El corazón del Padre

¡Cuánto hubiera deseado el padre, tal como lo relata la parábola de Jesús, hablar con ellos, como hacéis vosotros con vuestros hijos, advertirles de los peligros que les acechaban y convencerles de que en casa podrían encontrar todo lo que estaban buscando en otros lugares!

Pero su amor, verdadero, no podía forzar, obligar ni empujar. Da libertad para rechazar o responder. Quiere que sus hijos sean libres. Libres para amar.

Este es el Dios en el que creo: un Padre que extiende sus brazos en una bendición llena de misericordia, sin forzar a nadie... siempre esperando. Su único deseo es bendecir. No quiere castigar. Ya hemos recibido demasiados castigos con nuestros caprichos.

Dios me busca, sale a mi encuentro y está deseoso de llevarme a casa.

¿Cómo puedo dejar que Dios me encuentre?

¿Cómo puedo dejar a Dios que me conozca?

¿Comprenderé la alegría de Dios, me dejaré abrazar por Él?

La alegría es el mayor signo de credibilidad.

Pero no debemos confundir la alegría con el cinismo. Los cínicos buscan la oscuridad allí donde van. Siempre señalan los peligros que acechan, los motivos viciados y los motivos ocultos. Llamen a la confianza, ingenuidad, a la atención, romanticismo, y al perdón, sentimentalismo. Sonríen con desprecio ante el entusiasmo, ridiculizan el fervor espiritual y desprecian el comportamiento carismático.

Convertirse en el Padre

Mi vocación última es la de ser como el Padre y vivir su divina compasión en mi vida cotidiana.

Tal vez la afirmación más radical que hizo Jesucristo fue: «*sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso*» (Lc 6,36), invitándonos nada menos que a ser como Dios. Estoy destinado a entrar en el lugar del Padre y ofrecer a otros la misma compasión que Él me ofrece.

Esta paternidad misericordiosa tiene 3 aspectos:

a) El dolor

Me hace reconocer los pecados del mundo, incluidos los míos, me estremece el corazón y me hace derramar muchas lágrimas por ellos. No hay misericordia sin lágrimas. El dolor es una parte muy importante de la oración.

b) El perdón

Es a través del perdón constante como llegamos a ser como el Padre. Perdonar de corazón es muy difícil. El perdón de Dios es incondicional, surge de un corazón que no reclama nada para sí. El perdón me permite ver más allá de mi muro y saltar ese muro y acoger a los otros en mi corazón sin esperar nada a cambio.

c) La generosidad

El Padre no sólo entrega a su hijo todo lo que le pide, sino que cuando vuelve lo cubre de regalos. Ofrece más, se da a sí mismo sin reservas. Desea entregarle toda su vida.

Es el retrato de Dios, cuya bondad, amor, perdón, cuidado, alegría y misericordia no conocen límites. Para llegar a ser como el Padre tengo que llegar a ser tan generoso como Él. Darse a sí mismo, como dice Jesús, es la marca del verdadero discípulo.

En esta paternidad espiritual “hay un vacío” de poder, éxito, fama, o satisfacción fácil. Y por eso, la paternidad es el lugar de la verdadera libertad. Es el lugar donde no hay nada que perder.

Los dos hijos, reflejados en la parábola de Jesús, que están dentro de mí, pueden transformarse poco a poco en padre misericordioso. Esta transformación me lleva a que se cumpla el deseo más profundo de mi corazón intranquilo. Porque ¿puede haber alegría más grande que tender mis brazos y dejar que mis manos toquen los hombros de mis hijos recién llegados, en un gesto de bendición?

Con mi afecto y mi bendición.

† Ángel Pérez Pueyo
Obispo de Barbastro-Monzón